

RELATO SIN TÍTULO

MAR MONTÓN APUY

Primer Premio XVIII Edición de Microrrelatos
“El Brocense” Secundaria 2022

Quería escribir un relato sobre esas cosas que parecen insignificantes, pequeñas, que se quedan enredadas en nuestros rincones. Un relato que describiera la belleza salvaje de una amapola, lo efímera que es la vida y mi propia fragilidad. Quería escribir sobre tus manos grandes y ásperas, sobre los pájaros que me habitan por dentro, sobre lo pequeña que me siento cuando atravieso la multitud. Quería escribir a rayajos sobre las paredes de mi habitación, sobre los muebles, sobre las sillas, sobre el suelo, sobre mi cuerpo. Escribir mi nombre una y otra vez por fuera y por dentro. Escribir con los ojos cerrados, mientras mi cuerpo baila el silencio y que sea ese movimiento el que dibuja los trazos en este espacio que me contiene. Quería escribir sobre todas las cosas que he perdido en mi vida: todos los globos que se escaparon entre mis dedos; los cientos de piedras, pedruscos y piedrecitas que con tanta ilusión coleccionaba cuando era niña; el botón que arranqué de tu camisa sin que te dieras cuenta; a mi pequeña y mugrienta oveja de peluche; el calor de algunas manos amigas y la inocencia de creer en lo que ya no creo. Porque es mentira que todo lo que perdemos es sustituido por otra cosa, lo que se pierde lo ocupa un vacío. Mi perra Momo jamás sustituirá a Nina; Nina ahora tiene forma de ausencia y así debe ser, he aprendido a amar esas ausencias.

Quería dibujar con palabras tu rostro, tu mirada, la luz que me cedían tus ojos, tu noche sin estrellas, tu piel rozando mi piel y tus puntos suspensivos.

Quería escribir sobre el dolor y la soledad, y hacerlo de forma poética, para que conserve algo de su verdad, y para que cuando lo leyeras no se te encogiese el corazón y pudieras vislumbrar algo de su belleza.

Quería escribir un relato en el que pudiera escucharse mi canción preferida, o los golpes de un tambor de una batucada, o las olas del mar o la risa de tu voz o el latido de mi propio corazón.

Quería escribir un relato, pequeño, para revelarme con v y rebelarme con b.

Escribir este relato con el rojo de mi propia sangre, la que recorre mis venas y la otra. Escribirlo con coraje y valentía, escribirlo salvajemente, sin pensar. Escribirlo y escribirlo y escribirlo y escribirlo y cuando llegue al final, saber que no tiene título.

MIRANDO AL DUERO

DEMETRIO ALONSO

El río está tranquilo,
silencioso, casi duerme.
La ribera seca, helada,
con un hilo de hierbas verdes.
A lo lejos, en la tierra cenicienta
y fría, la mirada se pierde.

¡Ay Don Antonio!
¡Igual que a Soria el Duero,
a Plasencia baña el Jerte!

Mis pies cansados, el corazón
ardiente. Estoy sentado
junto a un olmo,
casi deshojado.
Inclinado sobre el río
sus débiles ramas
agonizan, duermen.
En su tronco enfermo y podrido
los gusanos se divierten.

Donde usted viera esperanzas,
yo, sin dudarlo, veo la muerte.
Ha de ser muy grande el milagro,
amigo, porque el amor y el deseo,
si se marchan, ciegan.
Solo al recordarlos vuelven.

Estos olmos, este Duero,
para mí, son encinas y Jerte.
Caudaloso y bravo en invierno,
manso en verano, casi inerte.
¡Que así somos los extremeños,
fogosos y rebeldes,
pero en el fondo, buenos,
de puro buenos, inocentes!

Tú, tan lejano.
Ligero, desnudo...
Yo, de paso.
Meditando... para verte.

¡Os digo adiós olmos del Duero!
¡Te digo adiós, poeta ausente!
Si se encuentran nuestros versos:
en el profundo mar o el cielo,
en el centro de la tierra,
o el sentir de un gesto.
Veras mi ribera verde,
cerezos, castaños...
y encinas centenarias
arrulladas por el Jerte.